

PATRICK VIVERET

LA CAUSA HUMANA

CÓMO HACER BUEN USO
DEL FIN DE UN MUNDO

Icaria ✚ Antrazyt
ECONOMÍA SOLIDARIA

ÍNDICE

Prólogo a la edición española, *Daniel Jover* 7

Prefacio, *Edgar Morin* 19

Introducción: Las torres y las tiendas 25

I. ¡Saltemos el muro! 33

1. El fin de este mundo no es el fin del mundo 33

2. ¡Seamos el cambio que proponemos! 39

3. La energía del deseo frente a la sideración 48

II. Más allá de la crisis, las citas críticas
de la humanidad 53

1. En el corazón de la crisis sistémica,
la desmesura 53

2. Detrás de la desmesura, el mal-vivir 58

3. El retorno de la cuestión de la salvación 61

4. La postmodernidad. El desafío de un diálogo
de civilizaciones abierto y exigente 63

5. Los retos políticos de la sabiduría 67

III. La causa humana 71

1. Una especie que no se quiere 71

2. Del miedo a la muerte a la audacia de vivir 73

3. Jugar en 2012 78

4. ¿Qué haría un ministerio de defensa
de la humanidad? 81

5. La ambivalencia de la condición humana 85
6. El amor, la felicidad, el sentido, en proceso 90
7. ¿Cuál es el papel para la humanidad en el universo? 98

IV. La estrategia del deseo 103

1. El deseo de humanidad frente a la sideración 103
2. Atreverse a pensar más allá del capitalismo. Lo que André Gorz nos aporta 106
3. En las fuentes emocionales del conocimiento 121
4. ¡Viva la R.E.V.! 125
5. Salir airosos de la aventura del siglo XXI 135

Conclusión: De la alegría de vivir 141

Para saber más 147

Sobre el autor 149

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Daniel Jover

Cuando queremos contemplar nuestro rostro, lo vemos mirándonos en un espejo. De la misma manera, cuando queremos conocernos a nosotros mismos, nos miramos en el amigo, porque, como decimos, el amigo es otro yo.

ARISTÓTELES *Magna Moralia* II

Patrick Viveret en *La causa humana* nos muestra su vocación por una filosofía que se inició en Grecia con el asombro —*thaumasia*—. Lo suyo es una extrañeza ante el mundo de hoy con sus potencialidades y riesgos pero que intenta comprender, asimilar y comunicar. Un asombro provocado por la experiencia de vivir comprometidamente, y, al mismo tiempo, conocer el sentido de todo aquello que le rodea. Captamos en él una mirada crítica que le impulsa a explorar y descubrir el origen de los problemas humanos y los conflictos sociales en el poder, la desmesura o el malestar emocional.

Su reflexión crítica se nutre de la acción y la opción por la igualdad haciendo suyo el pensamiento de Adorno «Dejar hablar el dolor, es la condición de toda verdad». No hay felicidad posible sin justicia.

El libro *La causa humana* lo ha venido construyendo a partir de la curiosidad, la sensibilidad y la pasión del conocimiento. Sabe tejer pensamientos, sentires y palabras en la trama de un lúcido discurso transdisciplinar origen de comunicación y solidaridad y que ahora se presenta en español. Patrick Viveret presenta estrategias alternativas a la lógica de la guerra mediante la revisión

de la relación entre la dinámica de la violencia económica y la violencia social.

Patrick denuncia un sistema que se desmorona, incapaz de sostener la dignidad y la vida en la Tierra. En nuestro país será muy oportuna su reflexión ya que vemos atónitos cómo la crisis está dejando una sociedad rota y fragmentada. Con niveles de exclusión social que afectan a una de cada tres personas, el paro juvenil es lo más alto de todo el mundo occidental y las desigualdades están erosionando la cohesión social. A todo esto hay que añadir una crisis institucional extraordinaria, avalada por los numerosos casos de corrupción y también por la creciente desafección social hacia los partidos y el conjunto de las instituciones reflejo de una degradación de valores morales. Con este trasfondo plantea disyuntivas ¿Qué hacer? ¿Qué Europa queremos? ¿Cómo crear la paz? ¿Cómo resistir los excesos? ¿Cómo rechazar el productivismo depredador? ¿Cómo poner la economía real en su lugar cuando la economía especulativa representa más del 97% de las transacciones?

La causa humana ayuda a construir respuestas solidarias en diálogo con todos los sectores implicados de la sociedad civil

Patrick nos recuerda que en su deseo de conquistar el mundo, nuestra civilización ha caído en el exceso y olvidamos que el mundo es limitado. La crisis sistémica nos pone en evidencia que la naturaleza hay que respetarla, no se puede explotar indefinidamente, el crecimiento se detiene. El hombre y la mujer del siglo XX utilizaron y disfrutaron de la naturaleza tanto como pudieron. Los del siglo XXI van a vivir de otra manera, pero ¿cómo?

El autor realiza un primer análisis de lo que nos ha llevado a esta situación: un modelo de desarrollo lleno de incoherencias

absurdas y defectos, ausencia clamorosa de cultura de evaluación y rendición de cuentas que debilita la democracia: la mundialización se ha confundido con una globalización financiera desproporcionada y desregulada. Se ha abierto una crisis de la democracia representativa con el propósito de sustituirla por una oligarquía donde grupos poderosos secuestran la libertad y deliberan entre las soluciones que ellos mismos imponen impunemente a los demás.

Vivimos en un Apocalipsis (etimológicamente significa «revelación» de las cosas ocultas) que nos puede llevar a regresiones y guerras provocadas por la desigualdad y la ruptura del contrato social básico que liga trabajo productivo con protección social. Porque sectores dominantes creen que la democracia es demasiado lenta y engorrosa, que todo funcionaría mejor con los mercados libres sin regulación alguna. Una nueva versión de despotismo ilustrado capitaneado por banqueros y expertos sin escrúpulos.

Crisis de la desmesura

Un elemento central en la obra de Viveret es su tesis que la crisis está relacionada con la desmesura, lo que los griegos denominaban «hibrys». Desmesura, excesos sin límites a nivel ecológico, financiero y social

En su vertiente ambiental después de dos siglos de industrialismo e hiperproductivismo vivimos una quiebra en su relación con la naturaleza.

Pero la crisis financiera está ligada con la economía especulativa en su relación con la economía real. Hay que señalar que sobre los 3.200 millardos de dólares que se intercambian-transacciones cada día menos del 3% solamente corresponden a bienes o servicios reales, todo el resto es pura especulación. Desmesura también en el crecimiento de las desigualdades sociales brutales.

Y también percibimos desmesura en el deseo insaciable del ser humano lo cual provoca un desajuste emocional: lo percibimos en las consecuencias de malestar, inseguridad y la infelicidad en la población. El miedo y la desesperación se adhieren al corazón humano.

Los presupuestos de los estados en gastos militares y bélicos, así como estupeficientes, drogas totalizan más de veinte veces las sumas de lo que sería necesario para el agua potable, el acceso a las necesidades básicas de alimentación, etc.

Viveret concluye que vivimos en una miseria ética, afectiva y espiritual. Una interioridad colonizada por el consumismo aceptada como nueva religión. Adorando al Dios-Mercado creamos nuevos ídolos basados en el culto al dinero y la dictadura de la economía financiera.

Combinación del principio Esperanza con el de Responsabilidad

El autor se propone orientar nuestros modos de pensar y nuestras economías al servicio del desarrollo de la calidad de vida y los derechos humanos. Las soluciones se construyen colectivamente en la cooperación, la solidaridad, la decencia y la cultura. Cultura entendida como educación en la libertad, en la verdadera sabiduría.

Para que un individuo pueda pasar de la biología a la biografía y adquiera la condición de «persona», necesitará tres capacidades: saber pensar, gestionar las emociones, tener asimilados los valores morales básicos. Para ello debemos saber analizar e interpretar los conflictos de nuestra época ya que todo problema es un proceso social en el cual podemos identificar diversos componentes o fuerzas que interactúan dialécticamente manteniendo el proceso abierto para la intervención humana. Si la cultura es sobre todo innovación

de los seres humanos impulsados por la necesidad de convivencia y comunicación, la obra de Patrick aporta una fecunda combinación del principio Esperanza con el de Responsabilidad. Nos advierte que es urgente la reflexión y la acción conjunta para construir un mundo centrado en los derechos humanos y la justicia ambiental. «Lo improbable puede ocurrir. Incluso cuando todo contribuye al desastre, la complejidad de la realidad puede dar lugar a situaciones inesperadas».

Articular la resistencia ética y la indignación creativa con la visión transformadora creando experiencias anticipatorias y solidarias que configuran archipiélagos de esperanza

En su análisis plantea que nos enfrentamos a tres deudas: una deuda ecológica contraída con la naturaleza que consumimos, una deuda social que en realidad es una estafa, debido a la transferencia de rentas del trabajo para la remuneración del capital y una colosal deuda hecha en gran medida por los intereses usureros a pagar a inversores y que va provocando desigualdades inaceptables. Antes de pagar esta deuda ilegítima, se debiera establecer un límite máximo de lo que socialmente es tolerable. ¿Cuánta injusticia y exclusión puede soportar la democracia?

Para preparar una salida civilizada del capitalismo sin hundirnos en la barbarie, Patrick Viveret nos propone practicar esta «Eutopía»:

Una estrategia válida para actuar ya sin tener que esperar a que cambien las cosas por su propia dinámica. En todas partes observamos iniciativas, proyectos, decisiones que demuestran que hay una sabiduría latente y emergente. Sabemos que todo proceso-problema está formado por diversas fuerzas en continua

dialéctica que son las que actúan como mantenedoras, superadoras o degradadoras.

Y qué duda cabe que las actuales recetas de austeridad dogmática están degradando las condiciones de vida y trabajo de las mayorías sumiéndonos en una profunda recesión depresiva que deja en suspenso los Derechos Humanos. Pero la fuerza de la ética y la solidaridad son formidables porque hacen posible un orden social, económico y ambiental equilibrado y justo.

Repensar el concepto de riqueza y beneficio

Él estudia las falsas creencias que nos conducen a los programas de austeridad y pueden destruir la riqueza real. En otras palabras, no hay que confundir «austeridad» con «sobriedad». Ha realizado investigaciones para que se adopten otros indicadores y factores de riqueza en el PIB de las sociedades modernas para impulsar monedas sociales y complementarias en el marco de una economía productiva, plural y solidaria.

Afirma que no podemos contentarnos con saber únicamente si tenemos saldo de caja negativo o positivo. ¿A qué se deben los déficits? A socializar pérdidas y privatizar las ganancias. A convertir la deuda privada en pública. Tenemos que revisar el concepto de beneficio y distinguir cuáles son las actividades «benéficas», que producen el bien, de las que resulten perjudiciales para la humanidad.

La economía de las armas, de la delincuencia o las drogas genera beneficios en sentido monetario. Según él, a fin de tener en cuenta la riqueza —en todas sus dimensiones: el patrimonio cultural, espiritual, humano— es hora para una nueva Europa más social y democrática que ayude a «trabajar por la paz», para encontrar la idea de «doux commerce», como evoca Montesquieu.

La idea de un poder creativo

En su obra pone de relieve la importancia de la espiritualidad y la búsqueda de sentido. Su trabajo interior le ha llevado a pensar que el mejor modo de combinar la noción de poder con la bondad y la responsabilidad es la introducción de la idea de poder creativo: una energía amorosa, que por lo tanto no tiene nada que ver con las representaciones de una religiosidad alienante o del Dios autoritario o dominador. La creatividad es una energía inagotable magnífica para vivir mejor. La amorosidad regenera toda convivencialidad.

Patrick Viveret fue estudiante en la Universidad de Nanterre en 1968. En París vivirá los acontecimientos de Mayo y participará en el corazón del debate a favor de la «imaginación al poder». Pero, sobre todo, es un apasionado de la filosofía vinculada al compromiso social que participará en iniciativas para hacer posible lo deseable.

La humanidad ha puesto en marcha unos sistemas de recompensa basados en la escasez. Confundiendo medios con fines: ganar dinero, despilfarrar energía, expectativas de éxito y triunfo, acumular conquistas sexuales. Siempre es la desmesura y la combinación del binomio escasez y posesión lo que está en el centro del proceso. Casi siempre el placer está vinculado a la posesión y esto genera avidez.

Igual que la moral de enriquecimiento de unos pocos provoca la inmoralidad del empobrecimiento de las mayorías, la consideración para el disfrute de los propietarios, por supuesto, es la desgracia de los desposeídos. Este desequilibrio es exponente de la ideología capitalista depredadora que prima el dominio de los mercados y la especulación. Las oligarquías financieras quiebran la democracia y niegan el derecho de regulación y control popular de los estados. El libro pone de relieve la misión primordial que tiene la política y el Estado social para proveer el Bien Común.

La vitalidad y capacidad de respuesta solidaria son los dos motores de la supervivencia

El libro ayuda a identificar la naturaleza de los conflictos y prever las consecuencias de las espirales perversas de pobreza, exclusión, humillación y violencia que se han producido en la historia...

Patrick Viveret nos invita a seguir los caminos diversos de las fuerzas de la vida y del eros, más que la fatalidad de la autodestrucción. Porque estamos en el final de un mundo que necesita tiempo para acabar de morir. Emerge con fuerza otro mundo y una nueva configuración social y cultural cuyo contorno apenas percibimos. *La causa humana* es la conciencia de un destino común. Es el fin de un mundo conocido y nosotros podemos impulsar otro tiempo para la vida y la cooperación. Un sentido de la responsabilidad que debe responder a la preocupación y la conciencia de la humanidad. Los mejores pensamientos críticos son presentados por Patrick Viveret como una invitación al diálogo y a la acción para mantener la atención de la reflexión: el deseo amoroso puede ser una estrategia liberadora, no podemos seguir confundiendo necesidad y deseo.

Amplios sectores de la población no pueden ni saben cómo disfrutar de la vida y el malestar está causando problemas en el mundo, explica. Para salir de nuestra «crisis nerviosa colectiva», sugiere que es necesario inventar nuevas relaciones políticas y aprender a vivir juntos desde la sobriedad, interioridad y solidaridad.

La organización de la sociedad responde a la lógica del miedo. Es el momento de redescubrir la alegría

Patrick utiliza esta frase del italiano Antonio Gramsci: «La crisis se produce cuando el viejo mundo es lento para morir y nacer de nuevo...» Y añade: «En este claroscuro, pueden surgir monstruos».

Cuando termina un mundo, aparecen sus características más patéticas caricaturizadas. El sistema económico global nos da la impresión de ser ahora más brutal que nunca: pero es un signo de decadencia y no de fortaleza. Sus tensiones y desequilibrios no son menos formidables. Se caracterizan por su exceso.

Frente al modelo de globalización capitalista en quiebra y sus crisis colosales los pueblos y las personas sencillas parecen impotentes pero tenemos una sabiduría común por recobrar: el amor es el campo energético humano más fuerte. Esto significa la creación de contextos (negociaciones, grupos de discusión, la democracia local...) donde la gente aprende a convivir y relacionarse fuera de la lógica de la rivalidad y el miedo que se incrusta en nosotros desde el principio de los tiempos.

Los programas de austeridad dogmática que la troika compuesta por FMI-BCE-CE impone a los países y las personas siguen la misma lógica arcaica de los sacrificios humanos entre los sacerdotes aztecas para aplacar la ira de los dioses: pero son insaciables, cuanto más sacrificios les ofreces más quieren.

Nos advierte que si seguimos la lógica de los programas de austeridad que destruyen la clase media y hunden a las trabajadoras, las corrientes populistas van a reintroducir una nueva lógica de violencia y barbarie. Sentimos la conciencia de que existe una amenaza de la barbarie, pero que viene de dentro de nosotros, y no fuera, del extranjero. Todas las grandes tradiciones de la espiritualidad y la sabiduría lo sabían. Las prácticas políticas y económicas se organizan en torno a una rivalidad maniquea, un pensamiento dualista. Necesitamos combinar lo mejor de la modernidad y la tradición. ¿Qué es lo mejor de la modernidad? La razón y la libertad, iniciadores de la emancipación. ¿Qué es lo peor de la modernidad? La mercantilización de la vida y el ser humano, lo que el economista Joseph Stiglitz llama «fundamentalismo de mercado», en el nombre del libre comercio destruye la humanidad

del mundo. ¿Cuál es la mejor tradición de la sabiduría? La dependencia y vinculación a la naturaleza, a lo comunitario-colectivo, a la búsqueda de sentido trascendente. Pero esta dependencia también tiene su lado oscuro: el fundamentalismo religioso, el fanatismo dogmático, el patriarcado.

Viveret apuesta por la democracia y el diálogo como el gran remedio contra los fundamentalismos. Es el tiempo de la verdadera política para regular los conflictos de intereses y luchas de poder con nuevos sujetos históricos protagonistas de las metamorfosis necesarias. Ser demócrata es estar dispuesto a negociar con los que no son de la misma opinión que tú. Todavía tenemos que mejorar permanentemente la calidad de la ciudadanía mediante la transparencia y sustantividad de las democracias incluyendo la concesión de la condición de minoría reconociéndolas como opciones alternativas. Nuestra política del respeto a la diferencia pone la imagen de la biodiversidad natural como un verdadero ecosistema social: a la vez hermoso, pequeño y discreto o parafraseando a Pierre Rabhi una «sobriedad feliz».

Apostar por la confianza básica y la ternura compartida: el amor es lo que somos

Patrick pertenece a esa comunidad de personas buenas y humildes que buscan la coherencia entre sentir, pensar y hacer. Nos motivan y recuerdan que tenemos la responsabilidad de creer en el futuro para construir un mundo mejor. Estar en su compañía o a través de la lectura de su obra nos proporciona alegría y entusiasmo porque el amor no solo es la energía fundamental en la vida sino también el motor de la humanización en la historia. En su libro se trasluce esta verdad: el amor y la ternura son constitutivos de nuestra condición humana. Son dones que se generan y se desarrollan en uno mismo en interacción recíproca con la alteridad.

La persona que ama se transforma constantemente, vivifica y regenera lo que le rodea, es más productiva y creativa, expresa lo mejor de sí misma. Sus mejores bienes son los relacionales, los vínculos y lazos de sensibilidad con los que se expresa y que solo se adquieren a través de la experiencia del cuidado afectivo, la confianza básica y de la ternura compartida. Los seres humanos necesitamos y dependemos del amor y la amistad. Nos sentimos mal, incluso enfermamos, de cuerpo y alma, cuando este nos es negado en cualquier momento de la existencia.

¿Quién puede afirmar que la humanidad está amenazada por más belleza, más amistad, más serenidad o alegría? Nadie. Y sin embargo, vemos como el «feísmo», la codicia, la rivalidad y esa tensión interior que denominamos estrés constituyen la sombra amarga de un modelo de crecimiento destructor del medio ambiente, de las relaciones sociales y de nosotros mismos. Con *La causa humana* Patrick hace un acto de afirmación en la vida y la fraternidad humana. Tanto su trayectoria humana y profesional como nuestro pasado cultural y biológico son prueba de que lo humano no nace desde la envidia, la competencia, el abuso o la agresión, sino desde la convivencia en el respeto, la cooperación, el compartir y la sensualidad. En sus escritos nos recuerda que lo mejor y lo peor de la persona surge bajo la realidad fundamental del amor. Ser humano: «Sapiens demens» nacido en la indigencia y el miedo... pero también en la posibilidad del conocimiento, la solidaridad y del amor... eso detectamos en la lectura. La idea de que el amor es lo que somos no es nueva. Es, en realidad, muy antigua y, de hecho, se encuentra en el corazón de la sabiduría perenne; de modo que puede encontrarse en el núcleo de todas las religiones: ayudan a que los pueblos se reconozcan en el valor del amor, el sacrificio, la estética y la belleza. Con su expresividad y otras miradas pueden crear otras dimensiones veladas que no se veían con los ojos acostumbrados solo a lo conocido; prefigurar

realidades deseadas: ver y experimentar que el amor es la esencia de nuestro ser, de nuestra humanidad porque el amor no es una emoción específica, ni un estado mental transitorio sino nuestra sustantividad. En lo concreto y fundamental de lo que hacemos está implicada toda la esencia de lo que somos. Y lo que somos y sentimos se sustancia y expresa en lo que hacemos, en la praxis de la ternura, la experiencia de querer y ser queridos.

Gracias Patrick por esta obra de inteligencia creativa: nos da valor y pasión a favor de la dignidad, causa humana.

PREFACIO

Edgar Morin

No solo me siento en total afinidad con las ideas de Patrick Viveret, sino que cada vez que lo escucho o lo leo, hay una idea, una fórmula, una imagen que me hacen descubrir aspectos de las cosas que hasta ese momento me eran invisibles.

Como él, siento profundamente la necesidad de reintroducir la cuestión antropológica en el pensamiento político.

Y quiero proseguir con esta reflexión: ¿Qué es el ser humano? Una política depende de la respuesta a esta pregunta. Si los humanos son buenos, entonces hay que dejarlos en plena libertad y eliminar cualquier coerción. Por el contrario, si son malos es necesario organizar esas coerciones para impedirles que hagan daño. Si en ellos están juntas las dos tendencias de bondad y de maldad, será necesaria una cuidadosa política para favorecer lo bueno e inhibir, incluso reprimir, lo malo. Si el ser humano es racional (*homo sapiens*) habrá que apelar a su racionalidad. Pero si es un ser pasional, se tendrá que recurrir a la pasión, aunque, si fuera posible, en un sentido beneficioso.

Aunque el problema es más complejo, porque el *homo sapiens* es también el *homo demens*. Con él lleva la posibilidad del delirio, no solo en los casos límites considerados patológicos, sino también por esa pérdida de cualquier regulación que es la

desmesura, la *ybris* de los griegos. Viveret nos lo hace notar en este libro: la desmesura es ese delirio inconsciente que anima a nuestra civilización a la conquista del mundo, al sometimiento de la naturaleza, al crecimiento indefinido, al siempre más, a la hegemonía de la cantidad sobre la cualidad, a la verdad del cálculo en detrimento de las verdades de la vida (que son la plenitud personal y la integración comunitaria), en provecho del carácter material y apropiador del bienestar y en perjuicio de su carácter afectivo, físico, moral. «*Madness*»: la consideración de la locura humana siempre está presente en Shakespeare, cuya lectura sería más provechosa a nuestros políticos que las del curso de la ENA.¹ Razón y locura son dos polos extremos de la realidad humana entre los que circula la afectividad.

Esta, como nos lo demuestran Jean Didier Vincent y Antonio Damasio, está presente en cualquier acto racional: el matemático más austero tiene pasión por las matemáticas y el centro cerebral de la emoción es activado en y por la actividad racional.

Cuanto más intensa es la afectividad, más escapa a la razón y más se convierte en pasión. De donde deducimos este importante principio: la pasión siempre necesita la razón para no caer en el delirio, la razón necesita la pasión para ser generosa. Por lo que el arte político debe incluir una dialéctica permanente razón/pasión, y requerir la razón y los sentimientos de los ciudadanos, combinándolos en lugar de oponerlos. Además, el ser humano está definido clásicamente como *homo faber*, fabricante de herramientas, y el esplendor técnico de nuestra civilización ilustra de forma prodigiosa la aptitud humana para la creación. De todas maneras, desde el origen de la humanidad, no es solo la herramienta la que caracterizó a nuestra especie, sino la

1. Escuela Nacional de Administración [N. de T].

creencia en una vida después de la muerte, la presencia universal en todas las civilizaciones de la magia, los mitos y la religión. El decrecimiento de las religiones de la resurrección celeste en nuestra civilización fue acompañado del auge de la creencia en el progreso como ley de la historia humana, luego de una casi religión de salvación terrestre en el siglo XX, el comunismo. La implosión del comunismo no fue seguida por la «muerte de las ideologías» sino por el triunfo de una ideología, que, como cualquier ideología moderna, pretende ser científica, la del neoliberalismo económico, motor de la actual globalización. No obstante, la antropología de Karl Marx, y en general de los pensadores socialistas (a excepción de Fourier que detectó la importancia de las pasiones humanas), solo consideró el *homo faber*, el hombre productor, el hombre sometido al trabajo o liberado por el trabajo, y no consideró el *homo mythologicus*, el hombre imaginario en el centro de la realidad humana. Finalmente, la concepción del *homo economicus*, surgida en el siglo XVIII en nuestra civilización, reconoció solamente en el ser humano su interés material, olvidando su desinterés, sus dones, sus juegos, sus gustos, ignorando el *homo ludens* de Huizinga y el hombre auto-consumiéndose² de Georges Bataille. Como había visto Pascal antes que nosotros, el hombre es un tejido de contradicciones. Y porque el hombre es un ser complejo, necesita un pensamiento político complejo. No debemos reducir lo humano a un ser individual; lo humano es una trinidad cuyos tres términos son inseparables, interdependientes e incluso uno dentro del otro: «individuo», «sociedad», «especie». De allí surge, en la aspiración política revolucionaria del siglo XIX, la unión de esos tres aspectos: desarrollar el individuo (anarquismo),

2. En francés *s'auto-consumant* [N. de T].

mejorar/transformar la sociedad (socialismo), fraternizar los seres humanos en comunidad (comunismo); a lo que habría que agregar la preocupación ecológica de la relación vital del ser humano (individuo, sociedad, humanidad) con la naturaleza. De hecho, el resurgimiento antropológico del pensamiento político es un resurgimiento humanista. Es el humanismo profundo de la «causa humana», el de una política consagrada a afrontar los problemas fundamentales de la vida humana. Rousseau ponía en boca del preceptor de *Emilio*, cuando hablaba de su alumno: «Quiero enseñarle a vivir.» Ahora, la política debería dedicarse al deseo de vivir de la humanidad, metida en una carrera hacia el abismo, y en la que la propia vida humana podría estar genéticamente modificada por la actual revolución biológica. Necesitamos un pensamiento político complejo, que tenga el sentido de las ambivalencias y de las contradicciones, y que sepa reunir ámbitos artificialmente separados. Viveret nos da el ejemplo. Tiene el sentido de las ambivalencias de la globalización, de la modernidad, de nuestra civilización, de las sociedades tradicionales, de la crisis. Además, desarrolla en el pensamiento político, la primera exigencia del reconocimiento del otro: «El bárbaro no es el otro, por el contrario, es el rechazo del otro» E introduce estos tres términos interdependientes que son «amor», «felicidad» y «sentido». Señala con toda justicia la necesidad de dar un sentido a la (su) vida. Por mi parte, diría que el sentido no está dado ni por el universo ni por la vida —al contrario, no sabemos el porqué del mundo, el porqué de la materia, ¿qué es lo real, cuál es el sentido de la vida?— Las religiones, los mitos, las ideologías, generan un sentido pero este resiste poco la reflexión crítica. Necesitamos elaborar *nuestro* sentido: el amor, la amistad, la fraternidad, la solidaridad, la plenitud de cada uno, el vivir poéticamente, que son todos nuestros mitos vitales. Viveret introduce la psicología profunda de lo humano en la

cuestión política. Sufrimos (y nuestra civilización la exaspera) la alternancia excitación/depresión, mientras que necesitaríamos sustituirla por la complementariedad intensidad/serenidad. Viveret también aborda el problema de la muerte. Yo añadiría que no es suficiente responder mediante la aceptación de la finitud humana, es necesario también vivir en la intensidad del amor y de la comunidad, las únicas que rechazan (sin suprimirla) la angustia de la muerte. Viveret reintroduce lo humano en el pensamiento político. Eso refuerza su diagnóstico político-civilizacional. Viveret demuestra que el deseo de ser fue desviado hacia el deseo de tener: bajo la apariencia de una economía del bienestar se esconde una economía del malestar.

Cuando el corazón de una sociedad, incluso de una civilización, reside en lo económico —lo que todavía no se había producido nunca en la historia de la humanidad—, cuando en el corazón de la economía se encuentra la organización financiera y en el corazón de esa organización financiera reinan la euforia y el pánico, no es demasiado sorprendente que el sistema se haga profundamente insostenible.

El binomio infernal formado por la desmesura del productivismo y la del capitalismo financiero nos conduce así hacia umbrales de una dramática ruptura ecológica.

Nos ofrece el delirio de los gastos militares (1,6 billones de dólares), de los gastos publicitarios (1,2 billones de dólares), de la economía de las drogas, cuyo progreso son los índices de un malestar que se generaliza. Este libro está repleto de propuestas y de sugerencias que el lector descubrirá. Aquella, por ejemplo, de que para invertir el curso de una desigualdad creciente propone un «escudo vital» para los pobres, y un ingreso máximo para los ricos. Finalmente, nos incita a ligar la resistencia creadora, la

experimentación anticipadora y la visión transformadora, con el fin de salir, nos dice, «de la Edad de piedra de la humanidad». ¿Acaso, no vivimos más bien en la Edad de hierro de la humanidad que no llega a convertirse en humanidad? ¿No tenemos que tratar de salir de la prehistoria del espíritu humano?

INTRODUCCIÓN: LAS TORRES Y LAS TIENDAS

Cuando echo una mirada a mi alrededor, encuentro las ruinas de una orgullosa civilización que se desmoronan y se dispersan en vastos montones de futilidades. Sin embargo, no caeré en el pecado mortal de perder mi confianza en el hombre: dirigiré mi mirada más bien hacia el prólogo de un nuevo capítulo de su historia.

RABINDRANATH TAGORE*

Degradación, el término evoca la humillación, la decadencia... Enero de 2012, Francia está degradada, como la mayor parte de los países europeos. Degradados, pero ¿por quién y por qué? ¿Es a causa del genocidio de Ruanda? ¿O por haber asistido sin reaccionar a las masacres de Srebrenica? ¿Será, retrospectivamente, por los crímenes de la época colonial? Seis meses antes, era Estados Unidos el país que estaba degradado. ¿Debido a la segregación racial, a los crímenes contra la humanidad en Iraq?

¡Andáis despistados! La degradación no fue declarada por una alta autoridad moral o espiritual, ni siquiera por un Tribunal de derechos humanos, sino por una más que prosaica agencia de calificación de riesgo. Una agencia llamada Standard&Poor's, que, con sus colegas Fitch y Moody's, evalúa el riesgo de que unos actores económicos no reembolsen su deuda. La triple A significa

* Rabindranath Tagore, extracto de la *Ofrenda lírica*, 1912. Todas las citas colocadas en epígrafe en este libro son tomadas del programa de la Unesco «Pour un universel réconcilié» construido sobre tres grandes poetas del Sur: Rabindranath Tagore, Pablo Neruda y Aimé Césaire.

que el riesgo es nulo, la triple C que el riesgo en máximo. Y más allá ya no hay nota...

Puede ser que sea necesario crear una, precisamente, para estas mismas agencias de calificación, por ejemplo una triple D para sancionar su falta de anticipación, de evaluación y de responsabilidad.

- Falta de anticipación: ninguna de estas agencias había visto venir el hundimiento de grandes empresas, como Enron, de grandes bancos, como Lehman Brothers, de productos tóxicos, tales como esos préstamos a interés variable llamados *subprime*, vendidos cínicamente a hogares estadounidenses, de los que se sabía que no podrían reembolsarlos. ¡Todos estos actores se beneficiaron de la triple A en vísperas de su quiebra!
- Falta de evaluación: ninguno de los criterios de su sistema de calificación se preocupa del mínimo requerido para obtener un certificado de «responsabilidad social», que integre consideraciones ecológicas y sociales, y no únicamente económicas —los famosos pilares del «desarrollo sostenible». Ni una pizca de un indicador ecológico, social o siquiera relacionado con la economía real; nada más que criterios financieros...
- Falta de responsabilidad: la degradación financiera de un país puede tener dos efectos perversos. En primer término, puede conducir al recorte del gasto social y poner en peligro la riqueza real que representa para la gran mayoría de la población el acceso a la asistencia sanitaria, a la educación y a unos servicios públicos en buen estado, precisamente. Puede también comportar el aumento de la carga de los intereses de su deuda, porque los tipos aplicados en los mercados financieros serán aún más gravosos. El país puede así verse confrontado a un círculo vicioso de endeudamiento y de

empobrecimiento, como es el caso de Grecia. Buen ejemplo de irresponsabilidad ligado a una cruel falta de anticipación y de visión...

¿Hasta dónde puede conducir este círculo vicioso del empobrecimiento? A poner en la calle a millares de personas, como ya pasó en Estados Unidos, cuando los nuevos propietarios, engañados con los créditos tentadores que los habían seducido, e incapaces de pagar unos intereses, que se habían vuelto prohibitivos, fueron expulsados de sus viviendas. Los propios banqueros calificaron de «bomba de neutrones» esos *subprimes* que les habían vendido. ¿Por qué bomba de neutrones? ¿Porque destruyen a las personas pero dejan intacto lo material! En este nivel, la irresponsabilidad se convierte en cinismo mortífero. Así, el lógico final, la calle y la tienda en la calle...

¡Hombre!, las tiendas... ¿Dónde vemos también las tiendas? Al pie de las torres, esas torres que expresan la abundancia y la arrogancia del mundo de la riqueza. Tiendas en Wall Street, y tiendas al pie de las torres de La Défense, el Wall Street francés. Las mismas tiendas que se convirtieron de abrigo para los sintecho a símbolo de la resistencia al despotismo político y a la oligarquía financiera, de El Cairo a Tel-Aviv, de la Puerta del Sol madrileña a todas las plazas del mundo donde acampan los Indignados.

Nueva York, 11 de septiembre de 2011: imágenes repetidas del atentado contra el World Trade Center en el décimo aniversario del suceso. El simbolismo del desmoronamiento de las torres, símbolos del poder de la tecnología y del mercado, parece aún más impactante diez años más tarde, en momentos de la crisis financiera y de Fukushima. Igual que esa imagen del Pentágono en fuego, manifestación de la vulnerabilidad de esa hiperpotencia, que se confirmaría con el doble fracaso de las intervenciones en Afganistán y en Iraq. Intervenciones que, sin embargo, habían

sido consideradas como la fulminante respuesta de América al terrorismo, y ello en nombre de la gran causa occidental, la lucha contra el Eje del Mal...

De todos modos, ¿no está el capitalismo financiero en vías de triunfar allí donde Bin Laden habría fracasado, es decir, en destruir el corazón de una civilización?

¿Qué civilización, en realidad? Ah, sí, se la llama el «Occidente cristiano». ¿Y cuál fue su acontecimiento fundacional? ¡Sí, hombre!, el nacimiento de su dios en una gruta que servía de establo... ¡O sea, una tienda de la época!

¿Será que la tienda entraña más promesas que la torre? ¿No es este el mensaje que nos transmiten los sabios y los profetas cuando dan testimonio de las dos raíces de esta misma civilización? La de la opción entre el becerro de oro y la tierra prometida, entre Dios y Mammon, símbolo del dinero elevado al rango de divinidad, según los profetas judíos del *Antiguo Testamento*. La de Atenas, joven democracia griega ya en situación de peligro, según Aristóteles, por la economía especulativa de la época, que el sabio llamaba «crematística» para caracterizar el derrape de la economía cuando hacía del dinero un fin y no ya un medio...

Asombrosa transferencia, ya que el punto común entre la sabiduría griega, la profecía bíblica y el mensaje evangélico, con la crítica del «becerro de oro» y del dinero fechitizado,¹ no es sino el de recordarnos que la cuestión del mal es ante todo interior y que ningún ser humano, ningún grupo, ninguna civilización está a salvo de la barbarie.

Y el enemigo terrorista que causó tanto miedo a una América que se creía cristiana, ¿dónde encontró el sentido y la energía para

1. Que entran así en resonancia con todas las grandes tradiciones espirituales orientales.

perpetrar esos mortíferos atentados? Esos hombres, a los mandos de los aviones suicidas, se habían formado en las universidades occidentales; habrían podido triunfar en los ámbitos del dinero, del poder, de la tecnología, y convertirse en su propio país en nuevos oligarcas beneficiarios de la generosidad del Tío Sam, a imagen de la familia Bin Laden, gran aliado del lobby petrolero americano y del clan Bush. ¿Qué es lo que les insufló esa pulsión mortífera que los ha vuelto contra su propia juventud, ya fueran sus dianas Nueva York, Madrid o Toulouse? Otra causa, precisamente, y con la fuerza suficiente para justificar su martirio y la matanza de miles de inocentes. Una causa que desfigura la imagen del Islam tanto como las cruzadas desfiguraron el cristianismo, o la política israelí de colonización de la tierra el judaísmo. Una causa que recurre casi a los mismos términos, a los mismos símbolos que la del Eje del Mal: es siempre el gran Satán al que hay que combatir. Es estadounidense en un caso, islámico en el otro, pero es siempre el mal de los otros, el del bárbaro, del enemigo, del infiel. En el punto de mira, siempre es el Otro, que habita en el mismo barrio o al otro extremo del mundo.

¿Estamos condenados a asistir impotentes a esta trágica repetición de la historia sangrante de las colectividades humanas, justificando todas las violencias en nombre de las causas superiores de la nación, de la religión, de la civilización? ¿Debemos ver de nuevo esas imágenes terribles de religiosos bendiciendo los cañones o de tropas prestas al combate para defender su gran causa, ese ciclo infernal que siempre acaba en iguales desastres?

Los propios vencedores son perdedores en este juego de suma cero, y es a menudo a los perdedores de ayer a los que vemos volver al proscenio, ya que la prohibición que se les hace de reconstruir un ejército costoso les permite relanzar con mayor facilidad su economía. Los ejemplos de Japón y de Alemania lo han demostrado de un modo espectacular: los dos grandes vencidos

de la Segunda Guerra Mundial se convirtieron en dos gigantes económicos, apenas veinte años después de su hundimiento. En realidad, la lógica de las rivalidades que culminan en la guerra, sea esta económica, social, política militar o religiosa, acaba siempre conduciendo a ese callejón sin salida. Y en este mundo en plena convulsión que es hoy el nuestro, la exacerbación de las rivalidades puede llevar a nuevas regresiones, tan terribles como las que se vivieron en la primera mitad del siglo XX.

De todos modos, este encadenamiento no es fatal. Detrás de la cara oscura de la mundialización, que se identifica como una globalización financiera que ha entrado en crisis bajo el peso de su propia desmesura, existe otro enfoque de la mundialidad,² centrado en la conciencia de esta comunidad de destino que vincula a la humanidad, para lo peor pero también para lo mejor. Recuerdo que el 11 de septiembre de 2001, oyendo a los periodistas preguntar «¿quién ha hecho esto?», me decía: «¡Lo seguro es que los que dieron el golpe eran humanos!» Evidentemente no podían ser ni extraterrestres ni animales; no se trataba tampoco del resultado de una catástrofe natural o tecnológica. Era la obra de unos humanos fanatizados por una causa que creían justa, y por la que habían cometido ese crimen contra la humanidad. Y son otra vez humanos, esta vez estadounidenses, los que, para justificar su invasión de Iraq, llegaron hasta la falsificación de documentos, la mentira ante el Consejo de Seguridad de la ONU, la práctica de la tortura en Guantánamo, en suma, ellos mismos cayeron en la barbarie que decían combatir. Lo mismo que ayer, cuando las grandes civilizaciones europeas fueron capaces de

2. He descubierto que este término, que desde hace diez años utilizo con preferencia al de mundialización, estaba en el núcleo del enfoque de Édouard Glissant con el cual estoy familiarizado desde hace poco y me siento en profunda resonancia.

inmensas barbaries en nombre de la virtud civilizadora de la colonización.

Haber sido víctima no garantiza que no nos transformemos en verdugos, ya seamos franceses o argelinos, judíos o palestinos, hutus o tutsis, serbios o bosnios. Los colonizados de ayer pueden resultar opresores; las víctimas de un genocidio pueden resultar ocupantes, los que fueron convertidos a la fuerza pueden resultar inquisidores. Porque la barbarie no es exterior sino interior. Todas las sabidurías multiseculares o milenarias, todas las tradiciones espirituales nos repiten que cada nación, cada civilización, cada colectividad —lo mismo que cada ser humano— está impregnada del problema de la relación con el mal. El bárbaro no es el otro, al contrario, es el rechazo al otro. La única causa válida, la única que no sirve para destruir seres humanos o para justificar crímenes, dominación o explotación de seres humanos es la causa de la propia humanidad. Una causa tanto más esencial puesto que nuestra especie ha entrado en un período crítico de su propia historia en el que tanto puede perderse como, por el contrario, progresar en la humanización. Esta es, justamente, la apuesta de la «causa humana», el nuevo horizonte de cualquier política de futuro digna de ese nombre.

